



## Aranda de Duero a 9 de abril de 2011

Un relato corto. Eso es lo que nos pedían que hiciésemos. A eso fuimos a Segovia. No hicimos nada más. Fuimos, escribimos y, por supuesto, comimos, porque unas mentes pensantes como las nuestras necesitaban comida para mantenerse así de creativas. Me acurriqué entre las mantas, sabía lo importante que iba a ser ese día para mí, pero no estaba solo: mensajes de ánimo o miradas de apoyo me acompañaban, además de una amiga muy especial que no me iba a abandonar. Lentamente, noté cómo mi mente se rendía al hechizo del sueño y mis párpados terminaron por cerrarse.

Me desperté sobresaltado por el ruido del despertador. Una inmensa alegría recorría mis venas, electrizante, revitalizadora, como una estrella a punto de estallar en mi interior y me dejé llevar. Mi madre, previsora, ya me había preparado un bocata, dinero (por si acaso), el DNI, pañuelos (no fuera a ser que me diese por estornudar y me manchase).

El autobús sale de los Jardines y

---

César Benito, Luis González, Silvia Palacios, Nuria Cabeza, Blanca Carranza, Marta Moral, Natalia Rodríguez, Ana Calvo y Helena Callejo Merino, alumnos de 2º de E.S.O.

aquí comienza la aventura. Nos dirigimos a Segovia con la intención de realizar un buen papel en el concurso y para ello llevamos confianza, ganas, pero, eso sí, también nervios, que por desgracia nunca faltan. Esa mañana soleada salimos de Aranda de Duero hacia Segovia por la celebración del 51 concurso de relatos de Coca-cola. En el autobús íbamos muy concentrados, pensando en el relato que nos llevaría a los ganadores a un viaje por Europa.

Una vez en Segovia, entramos en un colegio antiguo y misterioso. Cuando nos acomodamos en las sillas de madera que llevaban incorporadas las mesas, nos ofrecieron un cuadernillo con dos folios que incluían una hoja en sucio y un sobre rojo, donde se encontraba una imagen de un hombre apoyado contra una puerta.

Abrimos cada uno nuestro sobre y todos nos miramos con una cara un tanto extraña, y es que ¿quién podía inventarse algo relacionado con ese tema? ¡No me transmitía nada! Eso sí, no os asustéis, después de pensarlo un rato alguna idea se me ocurrió.

En cuanto abrimos los sobres, tuvimos dos horas para realizarlo. Cuando nos enseñaron la foto a partir de la cual tendríamos que escribir el relato, todo mi mundo se

desmoronó por un instante para dar paso a cientos de cuentos y personajes que ansiaban darse a conocer al mundo. Finalmente, solo una permaneció clara y pura en mi mente. Una idea. Un comienzo. Una historia que contar.

A partir de entonces fue como si el boli se deslizara solo por el papel, una prolongación de mis pensamientos. Una vez entregada nuestra "obra maestra", una azafata, que dio la casualidad de que era la que nos había acompañado en el viaje, nos guió por los recónditos y angostos pasillos del colegio, hasta una sala llena de bocadillos y aperitivos, además de refrescos, en la que tranquilamente podíamos relajarnos y esperar a que los demás compañeros acabaran su relato.

Este concurso nos ha servido para vivir nuevas experiencias y conocer a nuevas personas. Fue algo inolvidable y muy divertido, y animo a todo el mundo a presentarse. Pero estábamos orgullosos de haber participado en un concurso de jóvenes talentos y expresar todos nuestros sentimientos, que, además, habíamos practicado. El día había resultado largo y cansado, posiblemente por la escasa costumbre que, creo, tenemos todos de pensar los sábados.



# La Bailarina de Cristal

Premio 1º de Prosa, Categoría A, Concurso Cervantes 2011

por Blanca Carranza Rodríguez

"El viaje había concluido. Ante ella se alzaba la puerta, enorme e infranqueable, por la que debía cruzar. Una helada sensación la recorrió cuando sus temblorosos dedos rozaron, con delicadeza, la pequeña flor que sobresalía en aquella interminable pared.

La niña observó cómo se derretía entre sus manos arrastrando el hielo por el que pasaba y abriendo una puertecita.

En el interior una densa capa de oscuridad cubría cada rincón. Avanzó serena, guiada por una extraña voz. De pronto, paró. Se hallaba en una sala circular. Un tímido rayo de luz se filtraba a través de la ventana iluminando la silueta de una niña de pálida piel que bailaba sin rozar el suelo. La misteriosa bailarina le tendió la mano".

Victoria despertó empapada de sudor. El corazón le latía con fuerza. Como tantas otras veces, había soñado con esa extraña niña que tanto se parecía a ella. Se tranquilizó. Hacía ya tiempo que había desistido por entender los misteriosos sueños que la acuciaban cada noche. Siempre tenía la sensación

de haber olvidado algo importante y doloroso.

Bajó sigilosamente las escaleras y, se internó en el bosque. Sus pies descalzos se hundieron en la nieve recién caída. Había salido tan rápido que no se había preocupado de abrigarse, pero ello no la impidió continuar hasta un claro cercano. Dos columpios bailaban mecidos por la suave brisa invernal. Le gustaba porque era el único lugar donde lograba relajarse.

Su padre le contó que cuando era niña pasaba mucho tiempo allí.

Regresó a casa. Sus padres la esperaban en la cocina. Una humeante taza de chocolate descansaba sobre la mesa, a su lado había una cajita de nácar.

—Feliz cumpleaños, cariño —dijo su padre y le tendió una manta sobre los hombros—. Anda, abre ya los regalos.

El veintidós de enero se celebraba su decimoquinto cumpleaños y, una vez más, intentó ocultarles el dolor que la consumía por dentro.

Abrió la cajita de nácar y sacó con delicadeza la joya que guardaba en su interior: Era una bonita bailarina tallada en oro y plata.

—¡Me encanta! Muchísimas gracias —dijo sonriendo.

Terminó su desayuno y subió a la

habitación. Cinco minutos después estaba preparada para la prueba de danza en el conservatorio. Corrió hacia la puerta y aún tuvo tiempo de oír la voz de su madre deseándole suerte.

Las calles estaban desiertas y sólo el murmurar del viento entre los árboles rompía aquel silencio sepulcral. Al pasar por la plaza del pueblo se detuvo al instante. Unos metros más allá dos niñas corrían sincrónicamente, inseparables, unidas por un lazo invisible, a través de una fina barra. Una de ellas tropezó. Victoria echó a correr hacia ella, pero justo cuando sus dedos se rozaron una voz resonó en su mente: "ya es demasiado tarde para eso". Se volvió para observar a la niña, aún cuando sabía que ésta no se encontraba allí. Se sintió sola y perdida, ajena a los cuchicheos de la gente que la observaba con preocupación.

El conservatorio era un lugar mágico, donde músicos y bailarines expresaban sus sentimientos a través de la música.

La profesora de Victoria estaba fascinada por la facilidad con la que bailaba y la había animado a presentarse al casting para una importante representación de "El Cascanueces".

Blanca Carranza Rodríguez, alumna de 2º C de E.S.O.

La joven sintió cientos de miradas posadas en ella. Eso la ponía realmente nerviosa pero, cuando la música comenzó a sonar, se olvidó de quién era y se dejó llevar hasta el final. Los jueces analizaron minuciosamente cada movimiento y expresión, pero Victoria bailó con tanta energía y sensibilidad que el auditorio entero estalló en aplausos cuando la música cesó.

Estaba tan cansada que, de camino al camerino, le fallaron las fuerzas y hubiera caído al suelo, de no ser por dos fuertes manos que la sujetaron por detrás. Cuando despertó dos ojos verdes la observaban.

—Toma —dijo tendiéndole un vaso de agua y una barra de chocolate—, te sentará bien.

—¿Qué me ha...? —empezó a decir ella; pero el chico la cortó.

—Es normal, estás agotada. Trata de relajarte y recuperar fuerzas. Por cierto, me llamo Eric.

—Yo soy Victoria —dijo ella no muy convencida por el aturdimiento—. ¿Ya ha acabado todo?

—Si, supongo que la gente habrá desalojado el auditorio —dijo encojiéndose de hombros—. ¿Nos vamos ya?

—¿A dónde? —preguntó ella extrañada.

—Pues a casa, claro. ¿No pensarás que te voy a dejar ir sola? Tengo que asegurarme de que te encuentras bien para poder bailar "El Cascanueces" conmigo.

—¿Qué? ¿Nos han cogido? —preguntó al borde de la alegría.

—Somos oficialmente los bailarines principales.

Un torrente de sentimientos inundó a Victoria y, sin pensarlo, se lanzó a los brazos de Eric.

El camino de vuelta se le antojó mucho más alegre con él a su lado. Eric era simpático y amable, siempre con una sonrisa iluminando su rostro. Largos mechones rubios le caían sobre la frente.

En poco tiempo, los chicos se

hicieron inseparables y pasaban la mayor parte del día juntos. Eric era la luz capaz de disipar la oscuridad del corazón de Victoria.

Aquellas semanas fueron distintas. Los días se sucedían entre paseos entrañables y deseos pedidos a una estrella fugaz.

—Victoria —le dijo su madre un día—, ¿por qué no invitas a Eric a merendar mañana. Sé que estáis ocupados con la actuación pero, nos encantaría conocerle.

—No te preocupes, mamá —respondió ella— se lo diré.

Aquella misma tarde, mientras los chicos buscaban en el desván las telas con las que su madre confeccionaría el vestuario de la obra, sucedió algo que Victoria no olvidaría jamás.

—Victoria —dijo Eric desde el otro extremo de la lúgubre habitación—, ven a ver esto.

Escondida entre las cajas una delicada bailarina de cristal daba vueltas al son de la música. Aquellos acordes la dejaron paralizada. De los extremos de la figurita colgaba una felicitación. "Para las gemelas más guapas que hoy cumplen seis años". Victoria sintió que se caía. Ahora entendía el por qué de aquellos inquietantes y angustiosos sueños, las niñas que corrían de la mano, los dos columpios en el claro del bosque y aquella protección desmesurada y temerosa que siempre tenían sus padres.

Afortunadamente estaba Eric y sólo su presencia le daba fuerzas para superar aquellos recuerdos insistentes e inexplicables.

Era como si, de nuevo, volvieran a ser dos y su corazón dejara de ser el huérfano que siempre se había sentido.

Sonó el timbre.

—¡Voy yo! —gritó Victoria desde su habitación.

Bajó por la barandilla y se detuvo en el espejo antes de abrir. Se colocó el peto de nuevo y retiró hacia

atrás sus rebeldes ondas indomables. Llevaba el vestido azul que le habían regalado sus padres. El colgante de bailarina adornaba su cuello. Sólo entonces abrió la puerta. Eric llevaba un traje blanco y, por primera vez desde que lo conocía, ¡se había peinado!

—¡Hola! —le dijo—, pasa, te estábamos esperando.

—Espero no llegar tarde —dijo él.

—Mamá aún está preparando los pasteles, no te preocupes.

Al pasar por su lado el chico le susurró al oído:

—Estás preciosa.

La chica sonrió, azorada. Entraron en el salón donde procedieron a las presentaciones. La merienda transcurrió alegre y distendida. Cuando quisieron darse cuenta, estaba anocheciendo.

Los jóvenes salieron al mirador y contemplaron la ciudad bajo la luz del ocaso. La vista era maravillosa.

Por primera vez en su vida, Victoria se sintió completa. Eric entrelazó los dedos con los suyos. La mirada soñadora fija en el horizonte.

El invierno se alejaba, poco a poco, pero todos sabían que ya nada sería igual.



# Historias de Cercanías

Premio 1º de Prosa, Categoría B, Concurso Cervantes 2011

por Luz Salazar Rocha

Es curiosa la vida. Fluye sola, única. Siempre de la misma forma pero nunca igual. Podría decirse que es... como un tren...

Suena el silbato.

El Estrella de RENFE se dispone, como todas las mañanas, a efectuar su salida de la estación de Torredembarra con destino a Barcelona.

Los pasajeros, cada uno a su manera, con sus pensamientos, problemas, motivos para viajar y una historia a sus espaldas, van subiendo uno a uno al imponente cetáceo gigante de metal.

Algunos, nuevos viajeros, inexpertos, entran a la carrera excitados por la sensación de libertad que les produce alejarse de la rutina para adentrarse en ciudades desconocidas por descubrir. Otros, pasajeros habituales, conocedores del trayecto tan bien como el corte que recorrer su mano indicando, según dicen, lo que les depara el futuro.

Una de estos últimos es Sonia.

Espera este tren cada mañana desde hace ya tres años, para llegar hasta su oficina en la capital catalana. Es publicista y se encarga de diseñar los eslóganes de gran-

des marcas de todo el mundo. Sube y se acomoda en su asiento habitual; es apenas la segunda parada del trayecto por lo que no viene muy lleno y siempre hay espacios libres.

Comienza a observar.

Le gusta hacerlo, fijarse en cada detalle de cada persona e imaginar quién se esconde tras ella. Algunas se las sabe de memoria, son los rostros de las que siempre están ahí, en el mismo tren, a la misma hora, como ella. Sin embargo, hay una cara que se le resiste; no logra descifrar qué clase de persona se esconde detrás de ella. Se trata de un señor de unos 70 años más o menos. Ha estado ahí siempre, incluso antes de que Sonia empezase a usar ese tren; y cuando ella baja, él permanece allí, quieto, inmóvil, siempre en la misma posición: leyendo el periódico con las piernas cruzadas.

El sol atraviesa la ventana y se clava en sus ojos obligándola a entornarlos. Corre entonces la cortina y enciende la débil lucecilla que hay sobre su cabeza con intención de comenzar a leer su última adquisición. Se trata de una novela de José Saramago, "Ensayo sobre la ceguera", que le había recomendado su hermana Claudia hacía ya varios meses y la cual se había

decidido a comprar dos semanas atrás. Pero cuando está a punto de hacerlo, sus ojos reparan en el señor misterioso y algo en su interior la empuja a levantarse y hacer que ese extraño ser sea un poco menos desconocido para ella, dirigiéndole la primera palabra en años.

*–Buenos días, ¿puedo sentarme?– pregunta con una sonrisa amable pintada en su joven rostro aquella muchacha.*

*–Sí, cómo no– respondo un poco torpe.*

*Es una joven bonita, creo que la he visto antes, pero no recuerdo cuándo.*

*–¿Deseaba algo señorita?*

*–Mmm no, bueno, en realidad yo...– Vacila. Parece nerviosa, o más bien la he puesto nerviosa. ¡Qué tonto! A mi edad todavía no sé que uno a veces no puede ser tan directo.*

*–Verá, lo que ocurre es que yo tengo un don– dibujo un gesto de extrañeza y ella lo nota. –Sí, es decir, cuando miro a cualquier persona a los ojos puedo ver la historia que hay tras ella, pero con usted, señor...*

*–Tomás, Tomás Massuet.*

*–Señor Tomás. Me resulta imposible. No logro ver su historia y por eso me he tomado el atrevimiento*

Luz Salazar Rocha, alumna de 3º A de E.S.O.

de venir a rogarle, si no es molestia para usted, que me ayude a componer la suya ya que es para mí una verdadera frustración no poder imaginarla.

Me río y ella se desconcierta. Lo noto y decido responder.

—Interesante, sumamente interesante... Es un placer conocerla señorita, y también lo será conversar con usted.

\*\*\*\*

Es así como Tomás comienza a narrar, con todo lujo de detalles, las aventuras, peripecias, enredos y amores pasionales vividos mucho tiempo atrás.

Sonia, quizá por miedo, quizá por vergüenza, o más bien por respeto, no se atreve a preguntar mucho más allá de lo que Tomás le cuenta. Ambos ganan confianza el uno con el otro y los temas habituales y banales quedan apartados para dar protagonismo a la suave y cálida voz de ese hombre.

La sabiduría que aporta la experiencia es inalcanzable. Eso aflora en Tomás. Está entusiasmado con su relato, cada vez enfatiza más sus frases y las adorna con gestos y muecas extrañas. Vuelve a ser un niño enmascarado bajo un curtido y gastado cuero. La vitalidad regresa a aquel cuerpo, el cual había abandonado hacía muchos años, y se hace presente en las palabras que salen del alma cada vez más rápidas. No necesita que Sonia pregunte nada, él sabe exactamente cuál es el tema que toca en cada momento.

De pronto, cuando Tomás, concentrado, cuenta la historia de los días en que junto a sus amigos saltaban la tapia del viejo párroco para robarle los melocotones, suena la canción de "I can fly" en el móvil de Sonia, ésta se disculpa y se aleja hacia el final del vagón para contestar a la llamada.

Al cabo de unos minutos se encuentra de vuelta en su asiento junto al anciano y está dispuesta a

continuar oyendo sus palabras.

—Disculpe la interrupción, era mi hermana, me ha pedido que vaya a su casa mañana por la noche para celebrar el cumpleaños de mi sobrino Gerad. Por favor, continúe con la historia.

Tengo ganas de conocer más acerca de Tomás, su pasado es realmente trepidante y divertido.

—Perdone señorita, ¿la conozco? ¿Que continúe con qué? Creo que se ha confundido de asiento.

¿Cómo? ¿Por qué hace eso? ¿Por qué finge no conocerme? Tal vez le ha ofendido que contestase al teléfono... Aunque lo cierto es que parece realmente confundido... De acuerdo, no pasa nada.

—Señor Tomás, soy Sonia. ¿Recuerda? Hemos estado hablando hace un momento. Me estaba contando lo de los melocotones del párroco.

Veo cómo se iluminan sus ojos y un suave rubor de vergüenza toca sus mejillas.

—Ah sí, sí. Me había despistado. ¿Por dónde iba?

"Me había despistado", esa frase es muy típica en la abuela María... Con frecuencia se olvida de lo que está pasando y responde con aquellas tres palabras tan simples.

Los años...

Ella entonces se da cuenta de por qué no podía ver la historia de Tomás. Son esos deslices, esas lagunas momentáneas, las que desdibujan el presente de aquel hombre y sólo permiten mostrar el pasado. Pero ella no es capaz de ver el pasado, tan sólo el presente, ese presente que a él se le escapa por momentos.

Tomás cuenta ese y otros dos episodios parecidos, pero la parada de Sonia es anunciada por megafonía y los dos amigos, recientes conocidos, pero con un vínculo ahora indestructible, se despiden con un caluroso abrazo y un "Hasta luego, espero poder conversar otro día."

En el trayecto hasta la puerta, Sonia recuerda las palabras de su compañero de viaje y las que ella misma ha pensado hace un rato, se gira para mirarlo una vez más y en ese momento logra ver reflejada en sus ojos, aunque como si fuesen flashes, la historia de su vida.

\*\*\*\*

Se baja del tren y poco a poco la estación se va transformando en una enorme masía, los pasajeros apresurados en pajaritos cantores, las maletas en flores, el gran reloj de la pared en un sol brillante de verano y la mujer que está a su lado en un pequeño de 5 años risueño que le dice...

—Abuela, ¡qué cuento tan bonito! ¿Se hicieron muy amigos Sonia y Tomás? ¡Anda mira! ¡Sonia! ¡Como tú!

Y es ahí cuando mira sus manos, gastadas, marcadas por las experiencias de una vida. Una vida que, al igual que Tomás hacía con ella, cuenta ahora a su nieto. Entonces comprende a Tomás, a la abuela María... Comprende esos despistes momentáneos que la desconciertan y esa frase de tres palabras que siempre la ayuda a salir del paso. Comprende que saber qué comió ayer, cuál era la camisa que llevaba, comienzan a ser cosas que se le escapan, que su mente ya no es la misma. Comprende una vida que es más que una vida. Y comprende ese viaje en tren que se ha convertido hoy en su memoria de cercanías...



# Pepito

Premio 1º de Prosa, Categoría C, Concurso Cervantes 2011

por Pablo Ribao Gil

**H**ace ya un mes que murió mi abuelo. Casi recuerdo como si hubiese sido ayer el momento en el que me dieron la noticia. Rodeado de papeles, de libros, de llamadas, de tareas, de urgencia, rodeado de prisa y de nada. Entraron por la puerta del despacho a decirme que se había marchado, que había dejado de respirar, que... había muerto.

No reaccioné. Seguí revisando el plano que tenía encima de la mesa, pasé al siguiente, y al siguiente, y al siguiente; respondí a las llamadas, me aseguré de que todos estuviesen en correcto orden... Y, de repente, sentí un temblor. Era el vacío arrancándome por dentro, era el miedo, era tristeza, era rabia... Me sentí solo.

Cogí el primer avión que encontré de vuelta a casa. Hacía demasiado frío en aquel aeropuerto. La gente iba demasiado deprisa. Yo estaba demasiado perdido.

No llegué a tiempo para el funeral. Justamente terminaba cuando mi avión aterrizaba, así que me dirigí directamente a la casa de mi abuelo. Aún oía a él. Corrí hacia su sillón, pero no lo encontré, tampoco en su cuarto, ni mirando al reloj.

Pablo Ribao Gil, alumno de 2º C de Bachillerato

No estaba en la puerta, ni en la cocina, ni siquiera por los pasillos. No estaba. Era inútil buscarlo. Volví a sentir ese temblor. Y lloré.

No recuerdo mucho más de esas primeras horas, tan sólo que alguien me llamó para decirme que junto a sus cosas había una carta cerrada que ponía en una caligrafía un tanto complicada:

*"Para mi nieto"*

Cerré los ojos al verla, me senté, respiré hondo. Era yo, el que no había estado en el hospital, el que ni siquiera había tenido tiempo de llegar al funeral, el que se había pasado los últimos años rodeado de cuentas, diseños y planos. Demasiadas cosas sin importancia. Sí, demasiadas.

Decidí no abrir la carta delante de tanta gente, prefería hacerlo solo. Me puse la chaqueta y salí a un lugar alejado, lleno de trigo y de aire, donde sólo había colinas y pájaros. Se respiraba paz, si es que era paz lo que podía sentir en ese momento.

La miré unos instantes... Tenía miedo de empezar a leer esas líneas, sabía que me harían sentir demasiadas cosas, que me harían recordar, que me harían llorar, qui-

zás aún más de lo que estaba preparado. Pero era el lugar, y quizás el momento. No podía dejarlo pasar más, así que rompí el sobre:

*Querido nieto,*

*Te escribo esta carta porque hoy me he acordado mucho de ti. Estaba buscando unas cosas en mi cajón y he encontrado la poesía que me escribiste cuando eras pequeño. Me he acordado del día en el que me la diste, de cómo me mirabas, de cómo te agarrabas a mi mano cuando íbamos juntos de paseo, de tu cara de sorpresa, de tu cara de alegría...*

*Me he acordado de nuestras tardes juntos, de tus historias, de tu sonrisa. Me he acordado de tus juegos, de esos grandes ojos fijos.*

*No sabes lo feliz que me ha hecho recordar todo eso, ya sabes, con la edad a veces los recuerdos no suelen ser tan nítidos, sino más bien borrosos, quizá demasiado... Me he puesto a reír tan fuerte cuando ha pasado por mi recuerdo la imagen de tu risa que tu abuela se ha pensado que me había vuelto loco, deberías haberla visto.*

*No sé si sabrás que aún siguen quedando caramelos de los nuestros en el armario. Los guardo con*



cuidado para que no se terminen. Me recuerdan a ti.

Igual tampoco sabes que te llevo guardado en mi cartera. Estás guapísimo con esa sonrisa. Qué suerte tenerla tan cerca de mí. Me hace feliz..

Se me olvidaba: no sé si serás consciente de lo peligroso que puede resultar para alguien de mi edad el ir a pasear solo, pero el otro día después de encontrar el poema volví al sitio al que solíamos ir algunas tardes los dos. Sólo se oían los pájaros, como cuando iba contigo, pero también estaba tu risa en algún lugar. Es como si ya fuese parte del paisaje, una parte inseparable. Pasaron por aquel lugar, delante de mí, miles de imágenes, de momentos, todos ellos muy felices, todos ellos especiales. Fue un día muy feliz, te sentí tan cerca...

Tu abuela me ha contado que sigues trabajando como siempre, sin descanso. La última vez que hablé contigo parecías tan cansado... Verás, me gustaría decirte algo:

Todo se termina. Sí. Todo es todo. La lluvia se acaba, el día, el verano, también los caramelos, y... sí, la vida, ésa también.

Irás a muchos lugares, conocerás a muchas personas, llorarás, ama-

rás, perderás, ganarás... Pero todo tendrá un final igual que tuvo un principio. Cada pequeño instante será una parte de todo lo que vivas, una parte finita de un todo finito, un segundo entre segundos contados, un momento entre unos momentos que tendrán fin. Serán únicos, serán importantes, serán especiales... pero lo más importante, serán TUYOS.

Quizás ahora no te des cuenta, pero cada día que pasa es... para ti. De principio a fin, desde que te levantas hasta que te acuestas, desde que suena el despertador hasta que te dejas caer en la cama. Cada día es posibilidad, es tu realidad, es tu "cuento". Cada día esta hecho para la sonrisa que yo recuerdo, para la alegría con la que me recibías, para la dulzura de nuestros caramelos. A veces te tocará llorar, pero has de tener la fuerza suficiente como para volver a darte cuenta de que no puedes perder un instante, porque nada ni nadie merece robarte tu paz.

Supongo que es difícil ver esto cuando todavía se es joven, cuando no se sabe lo dura y lo increíble que puede llegar a ser la vida. Si pudiera decirte algo que he aprendido es que la vida es mucho más bonita de lo que ahora la puedes llegar a imaginar.

Nunca te rindas. Nunca digas "no puedo más" o "aquí me quedo". Ese más y ese allí esconden tanta grandeza que, quizás, jamás puedas perdonarte el no haber sido capaz de seguir luchando. No es fácil, pero puedo asegurarte que merece la pena.

Ojalá nunca dejes de saber qué es lo importante. Ojalá nunca pierdas tu tiempo. Como sé que es difícil no perder el tiempo, en ocasiones, me conformo con que nunca dejes de quererte y de querer a las personas que están siempre a tu lado, porque, al fin y al cabo, será lo único que poseerás al final de tu vida.

Sé que serás feliz, lo llevabas

escrito en esa inquietud tan transparente, tan sincera, tan llena de vida. Me lo decían tus gestos, tus zapatos inquietos, tus ojos...

Sé que encontrarás abrazos, miradas que no dejen de darte ilusión, sonrisas que te hagan romperte de ganas...

Y también sé que, algún día, de algún modo, leerás esta carta. Quizás haya pasado demasiado tiempo o quizás no. Lo único que te pido es que tengas la fuerza suficiente como para poder sentirme contigo al leerla, como yo te siento ahora, tan cerca, porque nunca he dejado de estarlo.

Te quiero, mucho, hoy y cada día. Sé feliz.

Tu abuelo

P. S. No olvides traerme más caramelos cuando vuelvas, ya sabes, todo tiene un fin...

No sé si sabría explicar mi reacción al leer la carta. Tan sólo puedo decir que volví a sentirle a mi lado, tan cerca... que sonreí. Sonreí y me prometí no olvidar nunca que lo que tengo enfrente es una vida para mí, mía, lista para ser la persona que sueño.

Ese día lloré, y sigo llorando, a veces, le sigo echando de menos; pero no puedo dejar de pensar que le debo muchas sonrisas, como las de antes, como las nuestras... porque, en algún lugar, de alguna forma, sé que le harán feliz.

Supongo que no hace falta decir que compré aquellos caramelos y que aún hoy los escondo en el armario con cuidado, porque sé que algún día se terminarán, y será sin remedio... Aún así, cada vez que los miro y recuerdo a mi abuelo pienso que quizás se equivocaba, porque hay cosas que nunca terminan, que duran para siempre...



# Desesperante espera

Por Noelia Peña Arauzo

Premio 1º de Poesía, Categoría A, Concurso Cervantes 2011

En el tejado de mi alma  
te espero relajada.  
En el banco de al lado  
te espero pensando.  
Mientras espero tu respuesta,  
los días pasan.  
Siento que estoy sola  
y que nadie me ayuda,  
nadie me comprende,  
y tampoco me quiere.  
Mientras espero tu respuesta,  
los meses pasan, y los años.  
Me siento cansada en la espera  
y, cuando recibo tu respuesta,  
no puedo seguir más,  
el corazón me quema.  
Y tras una larga espera,  
me caigo, me desvanezco,  
mi alma muerta.

Noelia Peña Arauzo, alumna de 2º C de  
E.S.O.



# Un Beso

Por Diego Madrigal del Burgo

Premio 1º de Poesía, Categoría C, Concurso Cervantes 2011

**Color rojo esconde la pasión  
un lienzo azul,  
abre la puerta del corazón.  
Un soplo toca los sentidos,  
cálido roce  
que deja el cuerpo sin sentido.**

**Un instante, un segundo,  
un momento de placer  
es un sueño profundo  
que no debe perecer.**

**Instante que el mundo detiene,  
pálpito corto,  
juego de manos que entretiene.  
Una mirada dice todo,  
un movimiento  
brusco, en falso, te deja solo.**

**Un instante, un segundo,  
un momento de placer  
es un sueño profundo  
que no debe perecer.**

Diego Madrigal del Burgo, alumno de 2º  
C de Bachillerato